

CRISIS ESTRUCTURALES

El término «crisis» desempeñó un papel central en muchos debates políticos nacionales durante la década de 1970, aunque la definición del término variaba ampliamente. Hacia finales de siglo, había sido reemplazado en buena parte por otro más optimista: «globalización»¹. Sin embargo, desde 2008, el tono se ha vuelto sombrío de nuevo y la idea de crisis ha resurgido con brusquedad. Pero su utilización es tan vaga como siempre. Las preguntas sobre cómo definir una crisis y explicar sus orígenes han vuelto de nuevo a primer plano.

A finales de la década de 1960 y comienzos de la siguiente, tanto el ciclo hegemónico como el ciclo económico global del sistema-mundo moderno entraron en una fase de declive. El periodo que empieza en 1945 y acaba alrededor de 1970 –acertadamente llamado en francés *les trente glorieuses*– había marcado la cima de la hegemonía de Estados Unidos, al mismo tiempo que coincidió con la fase ascendente A más expansiva del ciclo de Kondratieff que ha conocido nunca la economía-mundo capitalista. Las recesiones eran absolutamente normales, no sólo en el sentido de que todos los sistemas tienen ritmos cíclicos –así es como viven, esa es la manera en que resuelven las inevitables fluctuaciones de sus operaciones– sino también de cómo funciona el capitalismo como sistema-mundo. En esto hay dos temas clave: cómo consiguen beneficios los productores y cómo los Estados garantizan el orden mundial dentro del cual los productores pueden conseguir beneficios. Vamos a ocuparnos de ellos de uno en uno.

El capitalismo es un sistema en que la acumulación sin fin de capital es la *raison d'être*. Para acumular capital, los productores deben obtener beneficios de sus operaciones, lo que a una escala significativa sólo es posible si el producto puede ser vendido por una cantidad considerablemente mayor de lo que cuesta producirlo. En una situación de competencia perfecta, es imposible conseguir ganancias a esa escala: se requiere un monopo-

¹ Una versión anterior de este artículo se presentó en el Congreso Mundial del Instituto Internacional de Sociología, en Yerevan, el 13 de junio de 2009.

lio, o por lo menos un cuasimonopolio, del poder-mundo económico. El vendedor puede exigir cualquier precio siempre que no vaya más allá de lo que permite la elasticidad de la demanda. Siempre que la economía-mundo se expande significativamente, algunos productos «clave» son relativamente monopolizados y, a partir de los beneficios que generan, se pueden acumular grandes cantidades de capital. Las conexiones hacia adelante y hacia atrás de estos productos forman la base para una expansión global de la economía-mundo. A esto lo llamamos la fase A de un ciclo de Kondratieff. Para los capitalistas, el problema es que todos los monopolios son autoliquidables debido al hecho de que, por muy bien defendido políticamente que esté un determinado monopolio, en el mercado mundial pueden entrar nuevos productores. Por supuesto, la entrada requiere tiempo, pero, más pronto o más tarde, el grado de competencia aumenta, los precios bajan y por ello los beneficios también. Cuando los beneficios de los productos clave bajan lo suficiente, la economía-mundo deja de expandirse y entra en un periodo de estancamiento, la fase B de un ciclo de Kondratieff.

La segunda condición para el beneficio capitalista es que haya alguna clase de relativo orden global. Aunque las guerras del mundo ofrecen a algunos empresarios oportunidades muy buenas, también ocasionan una enorme destrucción del capital fijo y una considerable interferencia en el comercio mundial. El balance general de las guerras mundiales no es positivo, un punto que Schumpeter recalcó repetidamente. Asegurar la situación relativamente estable que requiere la obtención de beneficios es la tarea de una potencia hegemónica suficientemente fuerte como para imponerla sobre el sistema-mundo en su conjunto. Los ciclos hegemónicos han sido mucho más largos que los ciclos de Kondratieff: en un mundo de múltiples Estados soberanos (así se los llama), no es fácil establecerse como la potencia hegemónica. Lo hicieron las Provincias Unidas a mediados del siglo xvii, después el Reino Unido a mediados del siglo xix y finalmente Estados Unidos a mediados del siglo xx. El auge de cada potencia hegemónica ha sido el resultado de una larga lucha contra otras potencias potencialmente hegemónicas. Hasta ahora, el ganador ha sido el Estado que ha sido capaz de montar la maquinaria productiva más eficiente y ganar después una «guerra de treinta años» contra su principal rival. El hegemónico entonces es capaz de establecer las reglas con las que opera el sistema interestatal para asegurar su funcionamiento fluido, y maximizar el flujo de capital acumulado hacia sus ciudadanos y empresas productivas. Se podría llamar a esto un cuasimonopolio del poder geopolítico.

El problema para la potencia hegemónica es el mismo que afronta una industria puntera: su monopolio genera su propio agotamiento. En primer lugar, en ocasiones el hegemónico tiene que hacer uso de su poder militar para mantener el orden. Pero las guerras cuestan vidas y dinero, y tienen un impacto negativo sobre sus ciudadanos, cuyo orgullo inicial por la victoria puede evaporarse a medida que pagan los costes crecientes de

la actuación militar. Las operaciones militares a gran escala a menudo son menos efectivas de lo esperado, y esto fortalece a aquellos que desean resistir en el futuro. En segundo lugar, incluso si la eficiencia económica del hegemónico no flaquea inmediatamente, la de otros países empieza a estar en peligro, haciéndolos menos dispuestos a aceptar sus dictados. La potencia hegemónica entra en un proceso de declive gradual con relación a las potencias en ascenso. El declive puede ser lento, pero, a pesar de todo, es esencialmente irreversible.

Lo que hizo tan relevante el periodo de 1965-1970 fue la conjunción de estos dos tipos de crisis: el final de la históricamente más expansiva fase A de Kondratieff y el comienzo de la decadencia de la hegemonía históricamente más poderosa. No es casual que la revolución mundial de 1968, que en realidad se extiende de 1966 a 1970, se llevara a cabo en ese punto de inflexión como expresión del mismo.

Desplazando a la Vieja Izquierda

La revolución mundial de 1968 marcó un tercer declive, uno que, sin embargo, sólo se ha producido una vez en la historia del sistema-mundo moderno: el declive de los movimientos antisistémicos tradicionales, de la así llamada Vieja Izquierda. Compuesta esencialmente de comunistas, socialdemócratas y movimientos de liberación nacional, la Vieja Izquierda surgió lenta y trabajosamente en el sistema-mundo principalmente a lo largo del último tercio del siglo XIX y la primera mitad del XX, pasando de una posición de marginalidad y debilidad políticas alrededor de 1870 a una de centralidad y considerable fuerza alrededor de 1950. Estos movimientos alcanzaron el punto culminante de su poder de movilización en el periodo que va desde 1945 a 1968, exactamente en el momento tanto de la extraordinaria expansión de la fase A del ciclo de Kondratieff como de la cima de la hegemonía de Estados Unidos. No creo que esto fuera algo fortuito, aunque puede parecer contraintuitivo. El *boom* económico mundial condujo a los empresarios a creer que las concesiones a las demandas materiales de sus trabajadores les costaban menos dinero que las interrupciones del proceso productivo. Con el tiempo, esto significó el aumento de los costes de producción, uno de los factores que se encuentran detrás del fin de los cuasimonopolios en industrias pioneras. Pero la mayor parte de los empresarios tomaron decisiones para maximizar los beneficios a corto plazo –sobre unos tres años– y dejar el futuro en manos de los dioses.

Las políticas de la potencia hegemónica se vieron influenciadas por consideraciones paralelas. Mantener una estabilidad relativa en el sistema-mundo era un objetivo esencial, pero Estados Unidos tenía que sopesar el coste de la actividad represiva respecto al coste de las concesiones a las demandas de los movimientos de liberación nacional. Con reluctancia al principio, pero después más deliberadamente, Washington empezó a

favorecer una «descolonización» controlada, que tuvo el resultado de llevar al poder a esos movimientos, y así a mediados de la década de 1960 se podía decir que los movimientos de la Vieja Izquierda habían alcanzado su objetivo histórico de conquistar el poder del Estado casi en todas partes; por lo menos en teoría. Los partidos comunistas dominaban un tercio del mundo, los socialdemócratas estaban en el poder, o alternando en el poder, en más de otro tercio: era el mundo paneuropeo. Además de ello, la principal política de los partidos socialdemócratas, el Estado del bienestar, fue aceptada y practicada por sus oponentes conservadores. Los movimientos de liberación nacional habían llegado al poder en la mayor parte del antiguo mundo colonial, como lo habían hecho los movimientos populistas en América Latina. Hoy en día, muchos analistas y militantes criticarían la actuación de estos movimientos, pero eso es olvidar el miedo que dominaba al estrato mundial más rico y más conservador a la vista de lo que les parecía un gigantesco igualitarismo destructivo, equipado con el poder del Estado.

La revolución mundial de 1968 cambió todo eso. En sus múltiples levantamientos predominaron tres temas: el primero era que el poder hegemónico de Estados Unidos estaba forzado al máximo y era vulnerable: en Vietnam, la ofensiva del Tet se tomó como la sentencia de muerte de las operaciones militares de Estados Unidos. Los revolucionarios también atacaron el papel de la Unión Soviética, a la que consideraban un participante colusivo de la hegemonía de Estados Unidos; un sentimiento que había estado creciendo en todas partes por lo menos desde 1956. El segundo tema fue que los movimientos de la Vieja Izquierda habían fracasado en el cumplimiento de sus promesas históricas. Las tres variedades se habían basado en la así llamada estrategia de dos etapas: primero tomar el poder del Estado, después cambiar el mundo. Los militantes dijeron: «Habéis tomado el poder del Estado, pero no habéis cambiado el mundo. Si queremos cambiar el mundo, necesitamos nuevos movimientos y nuevas estrategias», y la Revolución cultural china fue considerada por muchos como el modelo de esta posibilidad. El tercer tema era que la Vieja Izquierda había ignorado a los grupos relegados, los oprimidos por su raza, género, etnicidad o sexualidad. Los militantes insistieron en que las exigencias para un tratamiento igualitario no podían seguir siendo aplazadas, en que constituían parte del urgente presente. Por muchas razones, el movimiento del Black Power en Estados Unidos fue el ejemplo paradigmático.

La revolución mundial de 1968 fue políticamente tanto un enorme triunfo como un enorme fracaso. Surgió como un fénix y ardió con fuerza por el globo, pero a mediados de la década de 1970 parecía haberse extinguido casi en todas partes. ¿Qué había conseguido este efímero fuego? El liberalismo centrista había sido destronado como la ideología gobernante del sistema-mundo y quedó reducido a ser simplemente una alternativa entre otras; los movimientos de la Vieja Izquierda quedaron destruidos como agentes de cualquier tipo de cambio fundamental. Pero el triunfa-

lismo de 1968 se demostró superficial e insostenible. La derecha mundial quedó igualmente liberada de cualquier lazo con el liberalismo centrista. Sacó provecho del estancamiento de la economía-mundo y del colapso de la Vieja Izquierda para lanzar una contraofensiva, la de la globalización neoliberal. Los principales objetivos eran revertir todas las ganancias obtenidas por los estratos más bajos durante la fase A del ciclo de Kondratieff: reducir los costes de producción, destruir el Estado del bienestar y ralentizar el declive del poder de Estados Unidos. Su progresión pareció culminar en 1989, cuando el fin del control soviético sobre los países satélites de Europa oriental y central y el desmantelamiento de la propia URSS condujeron a un nuevo triunfalismo en la derecha.

La ofensiva de la derecha mundial fue tanto un gran éxito como un gran fracaso. Lo que ha sostenido la acumulación de capital desde la década de 1970 ha sido un giro desde la búsqueda de beneficios por medio de la eficiencia productiva hacia su búsqueda a través de la manipulación financiera, más correctamente denominada especulación. El mecanismo clave ha sido el fomento del consumo vía el endeudamiento. Esto ha sucedido en todas las fases B del ciclo de Kondratieff; la diferencia esta vez ha sido la escala. Después de la mayor expansión en la historia de la fase A, a continuación ha venido la mayor obsesión especulativa. Las burbujas se movieron por todo el sistema-mundo, de las deudas nacionales del Tercer Mundo y del bloque socialista en la década de 1970 a los bonos basura de las grandes corporaciones en la década de 1980, al endeudamiento del consumo en la década de 1990 y al endeudamiento del gobierno de Estados Unidos en la era Bush. El sistema ha ido de burbuja en burbuja y actualmente está intentando inflar otra, con rescates bancarios y emisión de dólares.

La recesión en la que ha caído el mundo continuará durante algún tiempo y será bastante profunda. Destruirá el último pilar que quedaba de relativa estabilidad económica, el papel del dólar estadounidense como moneda reserva para proteger la riqueza. Cuando suceda esto, la principal preocupación de todos los gobiernos del mundo será impedir levantamientos de trabajadores sin empleo y de estratos medios cuyos ahorros y pensiones están desapareciendo. Actualmente los gobiernos se están volviendo hacia el proteccionismo y la emisión de dinero como su último recurso. Estas medidas pueden mitigar momentáneamente el dolor de la gente común, pero es probable que empeoren la situación todavía más. Estamos entrando en la paralización sistémica, de la que salir será extremadamente difícil. Esto se expresará en fluctuaciones cada vez mayores, que convertirán los pronósticos a corto plazo –tanto económicos como políticos– en meras conjeturas. Esto a su vez agravará los temores populares y el sentido de alienación.

Algunos afirman que la gran mejora relativa de la posición económica de Asia –Japón, Corea del Sur, Taiwán, China y, en menor grado, India– permitirá un renacer de la empresa capitalista a través de un simple cambio

de localización geográfica. ¡Una ilusión más! El despegue relativo de Asia es una realidad, pero una realidad que socava más el sistema capitalista al dispersar la distribución del plusvalor, reduciendo en vez de aumentando la acumulación global de los capitales individuales. La expansión de China acelera el recorte estructural de beneficios de la economía-mundo capitalista.

Gastos sistémicos

En este punto debemos considerar las tendencias seculares del sistema-mundo, en oposición a sus ritmos cíclicos. Estos ritmos son comunes a muchas clases de sistemas y son parte de cómo operan, de cómo respiran si se quiere decir así. Pero la fase B nunca acaba en el punto donde empezó la fase A precedente. Podemos pensar en cada subfase de ascenso como una contribución a lentas curvas ascendentes, cada una aproximándose a su propia asíntota. En la economía-mundo capitalista, no es difícil discernir qué curvas importan más. Dado que el capitalismo es un sistema en el que la acumulación sin fin es primordial, y que se acumula capital obteniendo beneficios en el mercado, el aspecto clave es cómo fabricar productos por un precio inferior al que pueden ser vendidos. Por ello tenemos que determinar tanto lo que se va en los costes de producción como qué es lo que determina los precios. Lógicamente, los costes de producción son los de personal, los de los *inputs* y los fiscales. Los tres han estado subiendo como porcentaje del precio real a que se venden los productos. Esto es así a pesar de los repetidos esfuerzos capitalistas que los presionan hacia abajo, y a pesar de las oleadas de mejoras tecnológicas y organizativas que han aumentado la denominada eficiencia de la producción.

Los costes de personal, a su vez, pueden dividirse en tres categorías: la mano de obra relativamente sin cualificar, los cuadros intermedios y los altos directivos. Los salarios de los no cualificados tienden a aumentar en la fase A como consecuencia de algún tipo de acción sindical. Cuando durante la fase B estos salarios crecen demasiado para determinados empresarios, especialmente para las industrias pioneras, el principal remedio es la recolocación en áreas que históricamente tienen salarios más bajos; si sucede lo mismo en la nueva localización, se produce un nuevo movimiento. Estos cambios son costosos pero beneficiosos; sin embargo, a escala mundial los incrementos logrados se revierten pero no se anulan totalmente y, en consecuencia, las reducciones nunca eliminan por completo los aumentos. Desde hace 500 años, este repetido proceso ha agotado los puntos donde poder recolocar el capital. Esto se pone de evidencia con la desrularización del sistema-mundo.

El aumento de los costes de los cuadros medios es el resultado, en primer lugar, de la ampliación de escala de las unidades productivas que requieren más personal de este tipo. En segundo lugar, los peligros políti-

cos de la organización sindical del personal relativamente poco cualificado quedan contrarrestados por la creación de un estrato intermedio de mayores dimensiones, aliado político del estrato dirigente y que constituye modelos de movilidad ascendente de la mayoría sin cualificar. Finalmente, el aumento de los costes de los altos directivos es el resultado directo del aumento de la complejidad de las estructuras empresariales, la famosa separación entre propiedad y control. Esto hace posible que los altos directivos se apropien como renta de porciones cada vez mayores de los ingresos de la empresa, reduciendo así lo que va a los propietarios como beneficio de la inversión. El aumento de estas rentas fue espectacular durante las décadas pasadas.

Los costes de los *inputs* han estado subiendo por razones análogas. Los capitalistas aspiran a externalizar los costes, es decir, a no pagar la factura completa por el tratamiento de los residuos tóxicos, por la renovación de materias primas y por la construcción de infraestructuras. Desde el siglo XVI hasta la década de 1960, esta externalización de los costes había sido una práctica habitual, más o menos no cuestionada por las autoridades políticas. Los residuos tóxicos simplemente se vertían en el dominio público. Pero el mundo ha estado vaciándose de espacio público, en paralelo a la desrularización de la fuerza de trabajo. Las consecuencias y los costes para la salud se han vuelto tan elevados y tan cercanos a la propia casa como para producir exigencias de limpieza y control ambiental. Los recursos también se han convertido en una gran preocupación como consecuencia del acusado aumento de la población mundial. Actualmente hay una amplia discusión sobre la escasez de los recursos energéticos, el agua, los bosques, la pesca y la carne. Los costes de transporte y de comunicaciones también han subido a medida que se han vuelto más rápidos y más eficientes. Los empresarios históricamente han pagado sólo una pequeña parte de la factura de infraestructuras. La consecuencia de todo esto ha sido la presión política sobre los gobiernos para que asuman mayores costes de eliminación y limpieza de residuos tóxicos, de renovación de recursos y de expansión de las infraestructuras. Para hacerlo, los gobiernos deben aumentar los impuestos e insistir en una mayor internalización de los costes por los empresarios, lo que, por supuesto, recorta los márgenes de beneficio.

Finalmente, los impuestos han subido. Hay múltiples niveles de imposición, incluidos los impuestos privados en forma de corrupción y mafias organizadas. Los impuestos han crecido a medida que el alcance de la actividad de la economía-mundo se ha ampliado y la burocracia estatal se ha expandido, pero el mayor empuje ha venido de los movimientos antisistémicos mundiales, que han presionado a favor de garantías estatales en educación, sanidad y flujos de ingresos de por vida. Cada una de éstas ha aumentado tanto geográficamente como en términos de los niveles de servicios exigidos. Ningún gobierno actualmente está exento de la presión para mantener el Estado del bienestar, incluso si los niveles de provisión varían.

Los tres costes de producción han subido sostenidamente como porcentaje de los precios reales de venta de los productos, aunque en la forma de aumentos en la fase A, luego atenuados en la fase B pero no anulados absolutamente en esta última desde hace 500 años. Los aumentos más espectaculares se han producido en el periodo posterior a 1945. ¿No se puede simplemente subir los precios a los que se venden los productos para mantener los márgenes de beneficios reales? Eso es precisamente lo que se intentó en el periodo posterior a 1970, en forma de subidas de precios sostenidas por una ampliación del consumo, sostenido a su vez por el endeudamiento. La situación en medio del colapso económico en que nos encontramos no es otra cosa que la expresión de los límites de la elasticidad de la demanda. Cuando todo el mundo gasta muy por encima de sus ingresos reales, llega un punto en el que alguien se para y rápidamente todo el mundo siente que tiene que hacer lo mismo.

Luchas por la sucesión

La conjunción de los tres elementos –la magnitud del crack «normal», la subida de los costes de producción y la presión extra sobre el sistema que supone el crecimiento chino (y asiático)– significa que hemos entrado en una crisis estructural. El sistema está muy lejos del equilibrio y las fluctuaciones son enormes. De ahora en adelante, estaremos viviendo en medio de una bifurcación del proceso sistémico. La pregunta ya no es «¿cómo se reparará el sistema capitalista y renovará su empuje hacia adelante?», sino más bien «¿qué reemplazará al sistema?, ¿qué orden surgirá de este caos?».

Podemos pensar en este periodo de crisis sistémica como un escenario de lucha por el sistema sucesor. El resultado puede ser inherentemente impredecible, pero la naturaleza de la lucha está clara. Nos encontramos con elecciones alternativas que no pueden explicarse con detalle desde el punto de vista institucional, pero que pueden sugerirse a grandes rasgos. Podemos elegir colectivamente un nuevo sistema que esencialmente se asemeje al actual: jerárquico, explotador y polarizador. Este sistema podría tomar muchas formas y algunas podrían ser más severas que el sistema-mundo capitalista en el que hemos estado viviendo. Como alternativa, podemos elegir un sistema radicalmente diferente, uno que previamente nunca ha existido, un sistema que es relativamente democrático y relativamente igualitario. He estado llamando a estas dos alternativas «el espíritu de Davos» y el «espíritu de Porto Alegre», pero los nombres no son importantes. Lo que es importante es ver las posibles estrategias organizativas de cada lado, en una lucha que ha estado desarrollándose de alguna forma desde 1968 y puede prolongar su resolución hasta cerca de 2050.

Primero debemos señalar dos características decisivas de una crisis estructural. Debido a que las fluctuaciones son tan salvajes, hay poca presión para regresar al equilibrio. Durante el largo y «normal» periodo de vida del

sistema, semejante presión fue la razón por la que las amplias movilizaciones sociales –las así llamadas revoluciones– han sido siempre tan limitadas en sus efectos. Pero cuando el sistema está lejos del equilibrio, puede suceder lo contrario, pequeñas movilizaciones sociales pueden tener repercusiones muy grandes, lo que la ciencia de la complejidad llama el «efecto mariposa». También lo podríamos llamar el momento en que la agenda política prevalece sobre el determinismo estructural. La segunda característica decisiva es que en ninguno de los dos campos hay un pequeño grupo en lo alto que toma las decisiones: un operativo «comité ejecutivo de la clase dirigente» o un politburó de las masas oprimidas. Incluso entre los que están comprometidos en la lucha por un sistema sucesor, hay múltiples jugadores que defienden diferentes énfasis. Los dos grupos de militantes concienciados de ambos lados también encuentran difícil convencer a los grandes grupos que forman su bases potenciales de la utilidad y posibilidad de organizar la transición. En resumen, el caos de la crisis estructural se refleja en la relativamente desordenada configuración de los dos campos.

El bando de «Davos» está profundamente dividido. Están los que desean instituir un sistema altamente represivo que glorifica el papel de dirigentes privilegiados sobre sujetos sumisos. Hay un segundo grupo que cree que el camino hacia el control y el privilegio se encuentra en un sistema meritocrático que cooptaría el gran número de cuadros necesario para mantenerse con el mínimo de fuerza y el máximo de persuasión. Este grupo habla un lenguaje de cambio fundamental, utilizando consignas que surgieron de los movimientos antisistémicos –universo verde, utopía multicultural, oportunidades meritocráticas para todos–, mientras conserva un sistema polarizado y desigual. Dentro del bando de «Porto Alegre» hay una división paralela. Están los que conciben un mundo altamente descentralizado, que privilegia la distribución racional a largo plazo sobre el crecimiento económico y permite la innovación sin crear bolsas de conocimientos incontestables para la sociedad en general. Hay un segundo grupo que está más orientado hacia la transformación desde arriba, por cuadros y especialistas; ellos conciben un sistema incluso más coordinado e integrado, un igualitarismo formal sin una innovación real. Por ello, más que una simple batalla de dos vertientes por el sistema sucesor, concibo una batalla a tres bandas, una entre los dos grandes campos y otra segunda dentro de cada campo. Ésta es una situación de confusión, moral y política; el resultado es fundamentalmente incierto.

¿Qué pasos prácticos podemos dar cualquiera de nosotros para avanzar en este proceso? No hay una agenda que pueda formularse, solamente hay líneas de énfasis. Al principio de la lista de acciones que podríamos llevar a cabo, a corto plazo, pondría minimizar el dolor que surge del colapso del sistema existente y de las confusiones de la transición. Ello podría incluir ganar unas elecciones para obtener mayores beneficios materiales para aquellos que tienen menos; mayor protección de los derechos judiciales y políticos; medidas para combatir la progresiva erosión de nuestra

riqueza planetaria y condiciones para la supervivencia colectiva. Sin embargo, éstos no son en sí mismos pasos hacia la creación del sistema sucesor que necesitamos. Se requiere un serio debate intelectual sobre los parámetros de la clase de sistema-mundo que queremos y de la estrategia para la transición. Para ello se necesita la voluntad de oír a aquellos a los que consideramos de buena voluntad, incluso si no comparten nuestras posiciones. El debate abierto creará una mayor camaradería y quizá evite que caigamos en el sectarismo que siempre ha derrotado a los movimientos antisistémicos. Finalmente, donde sea posible, deberíamos construir modos de producción desmercantilizados alternativos. Haciéndolo, podemos descubrir los límites de muchos métodos concretos y demostrar que hay otros métodos para asegurar una producción sostenible que un sistema de recompensa basado en la motivación del beneficio. Además, la lucha contra las desigualdades fundamentales del mundo –de género, clase, y raza/etnicidad/religión– tiene que estar en primer plano de nuestros pensamientos y hechos. Ésta es la tarea más dura de todas, ya que ninguno de nosotros estamos libres de culpa y la cultura del mundo que hemos heredado milita en nuestra contra. ¿Hace falta decir también que debemos evitar cualquier sensación de que la historia esté de nuestro lado? Como mucho, tenemos un 50 por 100 de posibilidades de crear un mundo mejor que aquel en el que vivimos. Pero el 50 por 100 es mucho. Debemos tratar de apresar a la Fortuna, aun cuando se nos escape. ¿Qué otra cosa más útil puede hacer cualquiera de nosotros?